

Evaristo Pérez Arreola:

un dirigente que formaba dirigentes

Octavio Solís

Ricardo Rivas Hernández



Evaristo Pérez Arreola:

un dirigente que formaba dirigentes

Octavio Solís
Ricardo Rivas Hernández



STUNAM
Sindicato de Institución

Evaristo Pérez Arreola:

un dirigente que formaba dirigentes

Octavio Solís

Ricardo Rivas Hernández



STUNAM
Sindicato de Institución

STUNAM

Carlos Hugo Morales Morales

Secretario General

Alberto Pulido Aranda

Secretario de Prensa y Propaganda

Arnoldo Rodríguez Hernández

Secretario de Finanzas

D.R. © Sindicato de Trabajadores de la
Universidad Nacional Autónoma de México (STUNAM)
Centeno 145, Colonia Granjas Esmeralda,
Delegación Iztapalapa, C.P. 09810 Ciudad de México

Evaristo Pérez Arreola: un dirigente que formaba dirigentes

Primera edición, junio de 2023.

Cuaderno de Comunicación Sindical número 108

STUNAM

Octavio Solís

Coordinador editorial del STUNAM

Alberto Pulido Aranda y Octavio Solís

Comité editorial de los Cuadernos de Comunicación Sindical

José Enrique Pérez Cruz

Director del Centro de Investigaciones Históricas del Sindicalismo Universitario (CIHSU)

Adán Raymundo Orta Trujillo

Edición gráfica

Alejandra Cureño García

Coordinación de la imprenta

Evaristo Pérez Arreola, 1985.

Fotografía de portada perteneciente al Archivo CIHSU

**Todas las fotografías pertenecen al
archivo fotográfico iconográfico del CIHSU**

ÍNDICE

6	A manera de pórtico
13	Infancia es destino
14	El universitario
16	El sindicalista
28	Bibliografía



STUNAM
Sindicato de Institución



Evaristo (al centro y de camisa blanca), junto a la base trabajadora en Rectoría, 1973. Archivo CIHSU.

A manera de pórtico

*Los mejores dirigentes, son aquellos que cuando se van,
dejan un conjunto de gente que los supera ampliamente*

Pepe Mujica

Estas palabras de Pepe Mujica -que me sirven de epígrafe- ilustran perfectamente una de las grandes cualidades de Evaristo Pérez Arriola; un dirigente que formaba dirigentes. Lo cual era posible porque tenía una formación no sólo política, sino ideológica. Es decir, no sólo se trataba de la disputa del poder, sino de encabezar un proyecto de transformación nacional.

Su figura representa el surgimiento de la última gran ola de insurgencia sindical y al mismo tiempo, su salida (forzada) como líder de nuestro sindicato, está relacionada con el ocaso del sindicalismo nacional por la consolidación del modelo neoliberal durante el salinismo. Por lo que reflexionar en torno a su vida es más que un ejercicio biográfico; es un acercamiento al proceso histórico de organización, movilización y resistencia del movimiento obrero, en vísperas del gran colapso nacional en las décadas de los setenta y ochenta.

Fue un protagonista de épicas batallas como las huelgas de 1972, 1977, 1983, 1984 y 1988, de gloriosos momentos del movimiento obrero

que contribuyeron a la apertura democrática del país y a la reforma del artículo tercero constitucional, cuando en las luchas legítimas del sindicalismo universitario, se logró reflejar el anhelo de libertades políticas de la sociedad mexicana ante un régimen autoritario en decadencia.

Después de la brutal represión a los estudiantes (1968 y 1971) el gobierno cerró la política al igual que las calles, por lo que, en el sindicalismo independiente de los setenta, recayó la tarea histórica de recuperar las avenidas céntricas de la capital del país, con el surgimiento del protagonismo de un nuevo sujeto histórico en las universidades, que se politizó durante las gestas del movimiento estudiantil de los sesenta.

Su carisma es indiscutible, pero su formación como dirigente se dio a través de su militancia en el Partido Comunista Mexicano y gracias a un contexto que contemplaba en el horizonte la utopía revolucionaria, sólo así se logra explicar que un personaje tartamudo lograra superar su timidez y se volviera una figura representativa del sindicalismo nacional. Es por eso que nunca debemos olvidar la influencia que tuvo el líder comunista, Valentín Campa, en Evaristo y Nicolás Olivos Cuellar.

Cuando leemos su vida, pareciera que fue su destino llegar a laborar y estudiar a la Universidad Nacional Autónoma de México y reencontrarse ahí con Nicolás, su amigo de la infancia y mancuerna política, sin el cual, su liderazgo hubiese estado incompleto. Esa relación amistosa y militante, acontece de forma excepcional en la vida; en gran medida fue posible porque ambos tenían una mirada de largo aliento por encima de su realidad personal, el resultado fue, la retroalimentación entre una inteligencia práctica y otra abstracta, combinación necesaria en periodos históricos intensos. Aún más excepcional es encontrar esa doble inteligencia en una sola persona; en la historia universal son garbanzos de a libra, como lo fue el líder de la Revolución rusa, Vladimir Ilich Lenin; sin embargo, cuando la realidad apremia grandeza, sólo es posible cuando se amalgama esa doble mirada.

En el marco de la historia del Sindicato de Trabajadores de la UNAM (STUNAM) la primera etapa fue de irrupción, por el surgimiento de una fuerza política dentro de la Universidad; un periodo de ruptura y transformación profunda de la realidad laboral en la institución. Para lograrlo, había que resquebrajar las relaciones de dominación y poder dentro de la máxima casa de estudios. Arrebatarle derechos, conformar un contrapeso político ante una de las élites más poderosas y conservadoras del país.

En esa coyuntura, el perfil idóneo es el de un líder carismático para lograr lo que he denominado epifanía política, y al mismo tiempo, con cualidades de político, que le permitan tener el pulso exacto de la negociación, para que esas voluntades liberadas se encaucen del estallido social a la institucionalización política.

Además de ello, es obligado un contexto de insurgencia sindical nacional como se vivió en esa época, con el antecedente del movimiento social más grande de los últimos cincuenta años en México: el 68. Pues si quitamos del devenir y la ecuación histórica la masacre del 2 de octubre, la represión contra la huelga de 1977 hubiese sido más cruenta, sin reconocimiento del sindicato, en lugar de la policía hubiera entrado el ejército, con encarcelamiento de años, como sucedió con la represión contra los petroleros en 1946, el magisterio en 1958 y los ferrocarrileros en 1959, quienes, por cierto, fueron liberados hasta 1971 junto con los presos del 68. Uno de los seis puntos del pliego petitorio del movimiento estudiantil era la libertad a los presos políticos (ferrocarrileros): Valentín Campa y Demetrio Vallejo.

Quienes ostentan los recursos, cuentan con el apoyo de otros poderes formales como el Estado, pero también de facto, como los medios de comunicación, no olvidemos el papel que jugó Televisa durante la huelga de 1977. Las mayorías, el pueblo, los trabajadores sólo cuentan con un instrumento de lucha; su única arma: organizarse, movilizarse y su unidad; la batalla que libraron los fundadores del STUNAM, no sólo era contra una élite muy poderosa, sino contra el Estado mexicano, por lo que era menester conformar una fuerza superior que rebasara los muros de la Universidad. De ahí la importancia de la efervescencia sindical nacional.

Toda lucha obrera es siempre política, porque si un sindicato triunfa o es derrotado, se vuelve un ejemplo para los demás. En el caso de los sindicatos universitarios, había el condimento de la influencia del Partido Comunista Mexicano (PCM) en las universidades públicas del país. Esta condición fue utilizada por parte del rector Guillermo Soberón Acevedo, como campaña de desprestigio contra el sindicato para allanar el camino de la represión, a pesar de que el propio Evaristo llegó a argumentar que el sindicato mantuvo siempre una autonomía frente al PCM:

“No recuerdo, y lo digo con toda honestidad, alguna vez que el PC o sus dirigentes, Valentín Campa, Arnoldo Martínez Verdugo, Gilberto

Rincón Gallardo o Pablo Gómez, hayan planteado montarse o decidir sobre un problema del sindicato. Nos reunimos para evaluar las salidas a algún conflicto, cómo abordarlo y resolverlo. Sencillamente era nuestro derecho como militantes, pero nunca el Partido nos dijo qué hacer, cómo resolver un asunto” (Pérez Arreola, 2007: 417).

A esto, hay que agregarle el más grande y ambicioso proyecto de Evaristo y Nicolás, que era la conformación de un sindicato nacional de las 32 universidades públicas: el Sindicato Único Nacional de Trabajadores Universitarios (SUNTU). En tiempos en que el partido hegemónico (PRI) tuvo que abrir -ligeramente- la participación de la oposición con la reforma política de 1977, no iba a permitir la consolidación de una organización nacional de izquierda comunista, que lo obligara a tener una interlocución que acelerara el largo y sinuoso camino hacia la democratización.

Inevitablemente surge una interrogante: ¿De haberse consolidado el sindicato nacional, ¿qué tanto hubiese influido en la transición democrática y cuál sería su presencia e influencia hoy en la vida nacional? Cual sea la respuesta, el gobierno hizo todo a su alcance para que no se consolidara el proyecto, pues sabían que el liderazgo de Evaristo tenía ese nivel de alcance nacional.

Por lo que a pesar de que el Estado ya había decidido negociar con la dirigencia del STUNAM durante la huelga de 1977 (estallada el 20 de junio), decidió ponerle la bota encima el 7 de julio, despedir a miles de trabajadores, encarcelar a más de 531, violentar la autonomía universitaria con 12 mil efectivos de la policía, con el objetivo de obligarlos a negociar en condiciones de desventaja, o por lo menos por debajo del cenit logrado (en la marcha del 6 de julio, donde se calculan más de 200 mil asistentes) con el apoyo de decenas de organizaciones sindicales y miles de simpatizantes que veían en la lucha de los universitarios, una trinchera legítima contra el gobierno autoritario y corrupto priista. La idea era obligarlos a entregar el proyecto del SUNTU a cambio de su consolidación interna.

Como resultado de esa negociación, el 12 de octubre de 1979, el Ejecutivo Federal envió una reforma al artículo tercero constitucional, fracción séptima, donde estableció el derecho de los trabajadores universitarios para organizarse en sindicatos, pero al mismo tiempo, puso el candado para la creación de un sindicato nacional de las universidades.

Por otro lado, el Rector Soberón también fue obligado a reconocer al STUNAM; la élite universitaria no tuvo opción por la tremenda fuerza con la que irrumpió la lucha de los trabajadores, pero tenía claro que lo que no podía permitir era el sindicato único, por la simple razón de que los administrativos, lo más que pueden construir como correlación de fuerzas, es un contrapeso interno, pero los únicos que pueden arrebatarles el control, el poder de la institución, es un sindicato académico, por su potencial para ser directores, instancia de poder, con el que controlan el Consejo Universitario, quien elige a los integrantes de la Junta de Gobierno, quien a su vez designa al Rector.

Por eso, perder ante la AAPAUNAM el famoso recuento de afiliados académicos en noviembre de 1980, para obtener la titularidad del Contrato Colectivo de Trabajo del sector y conformar el sindicato único, significó también desenfundar el anhelo de un sindicato nacional.

A inicios de la década de los ochenta, el STUNAM entra en una fase de consolidación, pero también de resistencia. Con la llegada de Miguel de la Madrid (1982) empieza la imposición del modelo neoliberal con los topes salariales, para pasarles el costo económico a los trabajadores, de la inflación provocada por los empresarios.

Hubo un intento de huelga general en mayo de 1983, convocada por el sindicalismo independiente junto con las organizaciones corporativas, pues el neoliberalismo es enemigo “natural” de los sindicatos; sin embargo, no se logró la unidad. El primer triunfo de los tecnócratas contra la clase trabajadora fue política, al lograr dividir a las organizaciones.

En el sexenio de Salinas de Gortari el modelo neoliberal echó raíces en gran medida porque consumó la derrota del sindicalismo mexicano. Imponer dicho modelo económico atravesaba necesariamente por la división, derrota, descabezamiento y domesticación del sindicalismo nacional. La división se fraguó en el sexenio de Miguel de la Madrid, cuando se conjuró la amenaza de huelga general el 31 de mayo de 1983, pero el descabezamiento lo llevó a cabo Salinas como Presidente.

Primero con el líder del sindicato petrolero, Joaquín Hernández Galicia, alias “La Quina”, posteriormente con Jonguitud Barrios, quien lideraba el magisterio, la desaparición del sindicato de la Ruta 100, y la cooptación de Evaristo Pérez Arreola como asesor de la Presidencia.

Carlos Salinas quitó del mapa político a las figuras más representativas del sindicalismo nacional que habían intentado oponerse a su gobierno. Con ello, allanó el camino de su proyecto económico que alcanzó su clímax con la firma del Tratado de Libre Comercio.

El liderazgo de Evaristo Pérez Arreola tenía un alcance nacional, su influencia en la vida pública de México fue profunda, como cuando convocó al mitin en Ciudad Universitaria para respaldar la candidatura presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas, el 27 de mayo de 1988; acto multitudinario que sirvió como un catalizador electoral, pues acercó la figura de Cárdenas a las clases medias. Dicha candidatura cimbró al régimen, misma que sólo pudo frenar por medio de un fraude electoral grotesco.

Su salida como Secretario General del STUNAM reconfiguró el tablero político del sindicalismo mexicano. Hasta el día de hoy no han quedado claras las razones de su renuncia tempestiva, aunque indudablemente hubo una amenaza de por medio.

Su influencia como dirigente nos enseña hoy en día que la lucha política por la transformación nacional y la defensa de un proyecto de universidad, son imprescindibles para un sindicalismo con futuro:

“Llegar a la conquista del anhelado instrumento laboral, el Contrato, y que el sindicato fuera reconocido nos llevó a momentos difíciles. Para mí la huelga más complicada, atacada y la más acosada por los medios, de más golpeteo, fue la de 1972. Desde entonces quedó claro a los universitarios que se debe buscar un sólo agrupamiento sólido, con sus especificidades, que fortalezca a la Universidad y que pueda pasar de la etapa simplemente gremial a un organismo identificado con los proyectos sustantivos de la Universidad [...] Éste es el único sindicalismo que puede coexistir con la Universidad. De no ser así, no tiene futuro. Un sindicalismo que simplemente reivindique prestaciones económicas y sociales no tiene futuro en la Universidad” (Pérez Arreola, 2007: 401-402).

Los fragmentos de la opinión de Evaristo Pérez Arreola, citados en este cuaderno, provienen del libro *Política azul y oro*, de Imanol Ordozika. Obra que recopila varias entrevistas realizadas a personajes claves de la vida universitaria. Por desgracia Evaristo fue desaprovechado como fuente histórica viva, pues no hay ninguna otra entrevista en for-

ma, sobre su vida y protagonismo como dirigente social. Al margen de las que le hicieron sobre temas ex profeso o declaraciones periodísticas del momento.

El presente trabajo fue escrito al alimón (a cuatro manos) entre un servidor y el joven historiador y trabajador, Ricardo Rivas. Con el objetivo de dar a conocer entre las nuevas generaciones, la vida, así como semblanza e influencia del dirigente fundador de nuestro sindicato. A petición del Secretario General, Carlos Hugo Morales Morales y el Secretario de Prensa y Propaganda, Alberto Pulido Aranda.

Termino estas palabras preliminares con la recreación de una escena en la vida laboral de la Universidad Nacional antes de que existiera el sindicato. Un compañero me contó que cuando entró a trabajar a la UNAM, por el año de 1972, le asignaron labores de limpieza en el cuarto piso de la torre de rectoría, en las oficinas de la Junta de Gobierno.

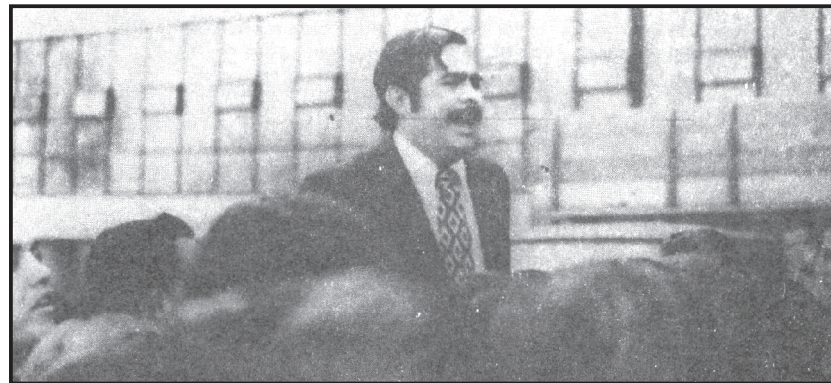
En alguna ocasión le hablaron para que acudiera a la sala de juntas, pues requerían al mozo (así era como se referían al personal administrativo de intendencia) urgentemente. Este trabajador que en aquel momento contaba con 17 años de edad, entró a la sala con cierta candidez y al mismo tiempo obsequioso, sin inmutarse al ser completamente ignorado por quienes presidían la reunión, pues esa era su costumbre.

Sin voltear a verlo, uno de ellos le dice: “ven, acércate, extiende tu mano” mientras le dejaba caer la ceniza de su puro en la palma de su mano. Aquel personaje prosiguió su conversación como si no pasara nada, mientras que el “mozo” no pudo hacer nada, sólo retirarse a punto del llanto de rabia, y tirar la ceniza en un cesto de basura donde veía reflejada su dignidad por ese trato tan despreciable.

A los pocos días de ese suceso que lo cambió, se enteró de que un tal Evaristo empezaba a convocar a los trabajadores para conformar un sindicato con el propósito de exigir derechos laborales pero, sobre todo, un trato digno dentro de la mayor casa educativa del país. Sus palabras finales de esa anécdota fueron: “Cuando supe de Evaristo y lo que estaba exigiendo, por supuesto que lo seguí incondicionalmente...”

Octavio Solís

Ciudad Universitaria, 03 de junio de 2023



Mitin en la Secretaría de Trabajo por el registro del STEUNAM, febrero de 1972. Archivo CIHSU.

Infancia es destino

Las temperaturas superiores a los 30 grados centígrados, la sensación de calor extremo y el sol abrasador del norte de México ofrecen una tregua durante el invierno, época en que el clima refresca oscilando entre los 21 y los 26 grados. Justo a mediados de esa estación, el 12 de enero de 1940, nació en Coahuila, Evaristo Pérez Arreola. Es curioso que haya arribado a este mundo en la época fresca, contrastando con la quemazón política que fue su vida, un augurio tal vez de la complejidad de su persona y de sus contradicciones existenciales y políticas, como la vida misma.

Evaristo nació en el municipio de Jiménez, más específicamente en la Congregación de San Carlos. Pasó ahí sus primeros años junto con sus hermanos, pero al poco tiempo, debido al trabajo de su padre, la familia se mudó a Villa de Acuña, en donde el niño fue registrado e inscrito en el kínder y posteriormente en la primaria, la cual terminó en 1953 a los 13 años. Durante esos años, además de sus estudios, adoptó el oficio de bolero para apoyar a la economía familiar.

Fue también en ese periodo que adquirió uno de sus gustos menos conocidos y que tiempo después le abriría el paso a sus primeros cargos públicos: el boxeo. Los lunes, una vez enfundados los guantes, acostumbraba a participar en las peleas que se organizaban en la plaza de toros, mientras uno de sus hermanos se encargaba de recoger las monedas que el respetable arrojaba a la arena al final de los encuentros.

Al terminar la primaria obtuvo una de las becas para internados que la Secretaría de Educación Pública ponía a disposición de diversos municipios del país. Se trataba de un sistema educativo que, junto con las Normales Rurales, el general Lázaro Cárdenas fundó para hijos de trabajadores. A Evaristo le asignaron el internado de Durango; no obstante, al llegar le comunicaron que ya no había cupo, situación ante la que decidió defender su derecho, aunque para ello tuviera que trasladarse a las oficinas centrales de la SEP en la Ciudad de México y solucionar la problemática.

Las opciones que le dieron fueron los internados de Tlalcaltli, Puebla; Tacámbaro Michoacán u Orizaba, Veracruz. Eligió este último porque su padre le dijo que ahí vivía un primo mayor suyo que podía fungir como su tutor. Lo que no sabía es que en tierras veracruzanas conocería a quien luego se convirtió en su mancuerna política: Nicolás Olivos Cuellar.

En el internado cursó la secundaria de 1954 a 1956, pero su generación fue de las últimas de ese tipo de escuelas, que empezaron a desaparecer a raíz del movimiento estudiantil del Instituto Politécnico Nacional de 1956; sin embargo, la escuela de Orizaba fue enormemente formativa para él. Se trataba de centros de estudio fuertemente influidos por la mística cardenista, además del Himno Nacional, las ceremonias incluían el canto de *La Internacional*; todo en un ambiente de lucha y politización. Hay quienes sostienen que la infancia es destino y, sin duda, en el caso de Evaristo Pérez Arreola esa sentencia cobra sentido.

El universitario

Una vez terminada la secundaria decidió trasladarse a la Ciudad de México para continuar sus estudios. En 1957 ingresó a la Escuela Nacional Preparatoria número 5, la cual sería un semillero de futuros líderes sindicalistas. Posteriormente se inscribió en la Facultad de Derecho. Terminó la carrera, pero no sé tituló sino hasta 1989 debido a que se dedicó de lleno a la actividad sindical.

Como ya era costumbre, para sostener sus estudios tuvo que trabajar, así como vivir en cuartos de azotea. Se estableció en el Centro Histórico de la Ciudad de México, en la calle de Nicaragua 28, entre Brasil y Argentina, pagando una renta de 20 pesos al mes. Su primer empleo en la capital fue con León Steimberg Pierre, en una tienda de artículos electró-

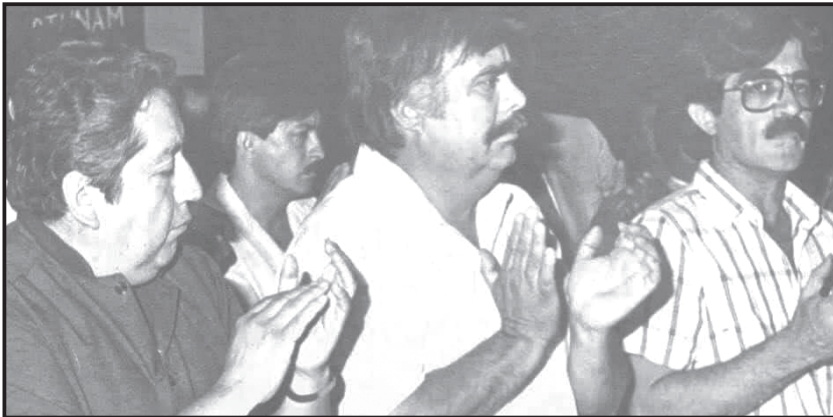
nicos de la calle Victoria. En el establecimiento le tocó hacer de todo: desde vendedor, intendente o repartidor en bicicleta; no obstante, se trataba de un trabajo que, por el horario, le permitió terminar la preparatoria.

Al concluir el bachillerato ingresó a la Facultad de Derecho de la UNAM y tuvo también su primer acercamiento con el servicio público. Ingresó al Pentatlón Deportivo Militarizado Universitario, institución creada por Gustavo Baz y Jorge Jiménez Cantú. Fue justo en una prueba de boxeo cuando llamó la atención del segundo, quien, en su calidad de secretario general del estado, después de la pelea lo invitó a trabajar en el departamento de Averiguaciones Previas de Toluca. Poco después lo enviaron a Lerma como agente del Ministerio Público, en donde trabajó un par de años. Sin embargo, la gran distancia entre sus respectivos centros de estudios y laboral lo llevó a tomar la decisión de renunciar a su trabajo.

Fue entonces que comenzó su trayectoria como trabajador universitario. En una ocasión en que acudió a pagar su colegiatura a Rectoría, se le ocurrió la idea de acercarse con una secretaria llamada Estelita, a quien le dijo “Usted no me conoce, pero yo no le voy a quedar mal; deme la oportunidad de trabajar, soy gente de provincia y lo necesito”. Fue ella quien lo canalizó con el maestro Ortiz Tirado, entonces titular de la Tesorería General de la UNAM; él le dio la oportunidad de laborar en el departamento de compras, que hoy es Proveduría.

Al arribo de Javier Barros Sierra como rector, Pérez Arreola tuvo su primera experiencia defendiendo los intereses de los trabajadores universitarios. Además de director de la Facultad de Ingeniería, el nuevo rector había sido titular de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, quien llegó a la Universidad con un enorme aparato administrativo-burocrático, dejando en el olvido a quienes ya trabajaban ahí. Cansado de los abusos de los recién llegados, Evaristo se quejó ante el ingeniero Arturo Baledón, entonces director de la Dirección General de Adquisiciones y Almacenes.

Hizo una enérgica queja para que se tomara en cuenta y con respeto a quienes habían estado trabajando en la Universidad, pues su labor no era diferente a la de los nuevos y, sin embargo, éstos últimos ganaban tres veces más. Ello le valió el destierro de su dependencia. Pasó por Personal, Veterinaria y demás dependencias, lo traían, como él mismo señaló “comoapestado”. Ahí comenzó su inquietud por la defensa de los trabajadores.



Nicolás Olivos Cuellar, Evaristo Pérez Arreola y Alberto Pulido Aranda, 1984. Archivo CIHSU.

El sindicalista

Fue en esa época en que se reencontró con su amigo de la infancia Nicolás Olivos Cuéllar, quien lo invitó a integrarse a la Asociación de Trabajadores Administrativos de la UNAM (ATAUNAM). Se trataba de uno de los antecedentes del sindicalismo en la máxima casa de estudios. No obstante, su campo de acción era muy limitado. Si bien era la organización encargada de negociar las relaciones laborales con las autoridades universitarias, la Ley Orgánica le vetaba el derecho de huelga y la contratación colectiva y no se regían por un Contrato Colectivo, sino por el Estatuto del Personal Administrativo al Servicio de la UNAM.

Lo peor de todo, es que la Asociación formaba parte de la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP) y la Federación de Sindicatos de Trabajadores al Servicio del Estado (FSTSE), es decir, participaba en la esfera del sindicalismo oficial corporativista, y del Partido Revolucionario Institucional (PRI).

A principios de la década de 1970, la situación política al interior de la Asociación comenzaba a cambiar. La ATAUNAM era dirigida por Esteban Núñez Alvarado, líder de la entonces hegemónica Planilla Verde. Sin embargo, el 6 de marzo de ese año se llevó a cabo el proceso de elección del Comité Ejecutivo, del que resultó vencedora la Planilla Blanca, liderada por Nicolás Olivos Cuéllar como secretario general y Evaris-

to Pérez Arreola como secretario del interior. Dicha planilla era el membrete de una corriente sindical encabezada por los mismos personajes denominada Frente Sindical Resurgimiento. Como se puede deducir por el nombre, una de las intenciones de esa corriente era impulsar una organización de carácter propiamente sindical.

Ambos personajes se esmeraron en convencer a los delegados del Consejo General de Representantes (CGR) de la ATAUNAM de que era necesaria la transformación de la organización en sindicato y, la mayoría, no dudó en “aventarse”. La estrategia era clara, solicitar el registro del nuevo sindicato y, si lo negaban, estallar la huelga. La asamblea constitutiva del STEUNAM se llevó a cabo el 12 de noviembre de 1971 en el local ubicado en la casa 291 de la calle Municipio Libre, con una asistencia de 89 trabajadores delegados al CGR. Se aprobaron sus estatutos y quedó conformado el Comité Ejecutivo con Evaristo Pérez Arreola como Secretario General, a quién se le encomendó la tarea de realizar los trámites necesarios a fin de obtener el registro legal del sindicato.

Seis días después apareció por primera vez en Excélsior la noticia de que los trabajadores de la UNAM habían decidido fundar un sindicato. La nota señalaba que 9 mil empleados encabezados por Evaristo Pérez Arreola ya estaban en trámites para que el nuevo sindicato fuera registrado ante la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje. El dirigente afirmaba que la ATAUNAM había acordado transformarse en sindicato, porque era el medio más adecuado para resolver en forma justa los problemas laborales, además de que, siendo asociación, no tenían personalidad jurídica ante las autoridades laborales federales.

Sin embargo, a mediados de enero de 1972 la solicitud de registro del STEUNAM fue rechazada por la Secretaría del Trabajo y Previsión Social (STYPS) con el argumento de que no se podía ni jurídica ni legalmente considerar a la UNAM como una empresa tal como lo establecía la fracción XXI del apartado A del Artículo 123 constitucional. Ante tal situación, los trabajadores decidieron llevar el conflicto al interior de la Universidad, y el 13 de octubre emplazaron a huelga a la UNAM por la firma de un Contrato Colectivo de Trabajo, por lo que se le dio a la administración un plazo de diez días hábiles que vencían el 25 de octubre.

La huelga estalló causando un cisma en la Universidad. Las banderas rojinegras comenzaron a ondear en exigencia del reconocimiento

del sindicato por parte de las autoridades universitarias, la firma de un Contrato Colectivo de Trabajo y un aumento salarial. No obstante, esta repentina explosión sindical tomó por sorpresa a propios y extraños, generando malestar y desconfianza entre gran parte de la comunidad universitaria. Esto se debió a varios factores.

En primer lugar, en la rectoría se encontraba Pablo González Casanova, primer rector abiertamente de izquierda que se encontraba bajo el constante asedio de las fuerzas reaccionarias y conservadoras tanto dentro como fuera de la UNAM. Como fue la toma de rectoría del 31 de julio de 1972, por parte de un grupo de normalistas liderados por dos personajes oscuros: Mario Falcón y Miguel Castro Bustos, financiados por el cacique priista de Guerrero, Rubén Figueroa. En ese sentido, para diversos sectores, la huelga del STEUNAM se trataba de una embestida más en su contra.

Por otro lado, un año antes, Evaristo había cometido un grave error político con el que se ganó la desconfianza del sector estudiantil y que tardaría muchísimo en olvidarse: en 1971 surgió un movimiento en la Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL) debido a que el gobernador había impuesto una nueva Ley Orgánica a la institución, en la que los estudiantes y profesores tenían una escasa representatividad. Ello desencadenó una oleada de protestas que culminaron el 3 de junio de 1971 con una negociación en la que se acordó la implementación de una nueva Ley Orgánica.

En el Distrito Federal y especialmente los estudiantes politizados de la UNAM habían seguido muy de cerca el desarrollo del conflicto y, a finales de mayo, comenzaron a debatir sobre la pertinencia de llevar a cabo una marcha en apoyo al movimiento neolonés, entonces se produjo una división. Por un lado, estaban los estudiantes pertenecientes a la Juventud Comunista Mexicana (JCM), para quienes la solución del conflicto norteño en realidad era un triunfo del gobierno federal. En ese sentido, la marcha no debía ser suspendida, por el contrario, habría que reforzar con contingentes obreros y reivindicaciones de clase.

La otra postura fue de quienes se negaban a realizar la marcha. Para ellos, el resultado del conflicto en la UANL era un triunfo del movimiento estudiantil y, por consiguiente, la manifestación ya no era necesaria, además de que cabía la posibilidad de que fuera reprimida por las autoridades. Al final se impuso la primera postura, la marcha se realizó

el 10 de junio y fue duramente reprimida por un grupo de choque creado por el gobierno del Distrito Federal conocido como los Halcones.

En los días siguientes el gobierno emprendió una campaña propagandística para confundir a la opinión pública, que consistió en caracterizar el acontecimiento como un problema entre estudiantes, de posturas ideológicas contrapuestas. En los medios impresos aparecieron notas, editoriales y desplegados reforzando dicho argumento. En ese sentido, el 14 de junio se publicó en *Excélsior*, *El Día* y *Novedades* un desplegado firmado por Evaristo Pérez Arreola como dirigente de la Asociación de Trabajadores Administrativos de la UNAM (ATAUNAM) que decía:

“Son de lamentarse las consecuencias que arrojó la pretendida manifestación programada en dicha fecha por grupos estudiantiles de las escuelas superiores de esta ciudad, en la que fue evidente la presencia de conocidos agitadores políticos excarcelados recientemente y que vienen constantemente creando choques e incitando a la violencia [...]”

Condenamos la violencia tanto verbal como física, que se manifestó en el acontecimiento de referencia, ya que consideramos que existen otros medios más adecuados para plantear y resolver las cuestiones que se presentan, en un ámbito sereno, dentro de los recintos escolares, con libertad y no en la calle propicia para el desorden.”

Como era de esperarse, tales declaraciones ocasionaron la molestia y desconfianza entre amplios sectores de la comunidad universitaria, sobre todo los de izquierda, ya que pensaron que se trataba de una maniobra gubernamental tendiente a debilitar el movimiento universitario democrático que entonces tenía lugar en la máxima casa de estudios.

Sin embargo, lo que hizo tenía de fondo un interés genuino en el bienestar de los trabajadores, pues resulta que, desde 1970, Nicolás Olivos y Evaristo Pérez Arreola, secretarios, general y de organización de la ATAUNAM respectivamente, entablaron negociaciones con Alfonso Corona del Rosal, Jefe del Departamento del Distrito Federal, en la idea de que les vendieran los lotes necesarios para construir casas para los trabajadores.

En ese sentido, todo parece indicar que fueron presionados para que apoyaran la campaña difamatoria mediante la firma de dicho desplegado a cambio de la entrega de los lotes. Más allá de justificar o juzgar,

los historiadores tenemos la tarea de generar una comprensión histórica. En ese sentido es importante tener en cuenta que, a inicios de la década de 1970, la situación de la ATAUNAM era difícil. Se trataba de una organización sin Contrato Colectivo de Trabajo y sin capacidad de negociación que básicamente estaba a expensas de las decisiones unilaterales de las autoridades universitarias, lo cual convertía a la Asociación en un blanco fácil para los chantajes y extorsiones, tanto internas como externas. Fue por ello que Evaristo y Nicolás decidieron, como suele decir Adrián Pedrozo, “dar el brinco” y convertirse en sindicato.

La huelga siguió su curso y poco a poco la comunidad universitaria y diversos sectores políticos de la izquierda mexicana fueron cayendo en cuenta no sólo de que las intenciones y, más importante, las demandas de los sindicalistas eran legítimas. Lamentablemente, el devenir histórico suele entretejerse mediante las contradicciones más irónicas: durante la huelga el rector en turno era Pablo González Casanova, el rector más democrático que ha tenido la Universidad, además de negarse a cortar el salario de los huelguistas, decidió renunciar a su cargo.

Durante esos meses como rector, Pablo González tuvo el dilema de no reconocer la huelga, por no tener claras las posturas de los dirigentes y al mismo tiempo, de no reprimir el movimiento legítimo de los trabajadores, por la enorme movilización con la que estalló la huelga, así que siguió pagando los salarios, y cuando el conflicto escaló, decidió renunciar, antes que usar la violencia. Como el propio Evaristo menciona:

“Pablo González Casanova no permitía la sindicalización, pero en otros aspectos tenía una conducta solidaria. Sabía que nuestro movimiento era justo y nos pagaron salarios. Este hecho hacía que nos sintiéramos mal por los ochenta y tantos días de huelga” (Pérez Arreola, 2007: 401).

La renuncia de González Casanova fue algo que muchos sectores de la UNAM jamás le perdonaron a Evaristo en su calidad de líder del STEUNAM ya que, son su salida, llegó a la Universidad uno de los rectores más autoritarios y antidemocráticos que ha visto la institución: Guillermo Soberón Acevedo.

Con él llegó la mano dura a la UNAM. Una de sus primeras acciones fue cortar el pago a los huelguistas del STEUNAM, situación que los obligó a sentarse a negociar. Pese a ello, salieron adelante con su reconocimiento

como sindicato y la firma de un Convenio Colectivo de Trabajo. Tras esa huelga y sus resultados, Evaristo consolidó su liderazgo en el sindicato, el cual se ratificó en las elecciones de 1973, mismo año en que fundó la Corriente Roja¹ junto con personajes como Nicolás Olivos, Benito Cristóbal, Carlos Melo Rodríguez, Leonardo Olivos, José Luís Gutiérrez Calzadilla, Rodolfo Ramos y el tristemente célebre, Álvaro Lechuga; en general, con los impulsores de la huelga que venían del Frente Sindical Resurgimiento. Dicha corriente resultó triunfadora en los comicios y, con Pérez Arreola a la cabeza, comenzaría a configurarse el camino hacia la estabilidad laboral que se vería cimbrado sólo hasta 1977, cuando nació el STUNAM.

En ese año el Sindicato del Personal Académico de la UNAM (SPAUNAM) vivía una situación complicada. Nació en 1974 de la inquietud de miles de académicos universitarios, cuya situación laboral era precaria (como hasta hoy). Tras una huelga en 1975 logró ser reconocido como sindicato académico por parte de las autoridades, pero no lograron un CCT como el STEUNAM; sus relaciones laborales siguieron rigiéndose mediante el Estatuto del Personal Académico.

No obstante, para finales de 1976, las Asociaciones Autónomas del Personal Académico (Organización gremial de académicos contraria al sindicalismo) habían logrado superar la membresía del SPAUNAM.

Evaristo fue de los principales impulsores de la idea de fusionar ambos sindicatos. Lo cual habla no sólo de su solidaridad con el sector académico, sino de su visión política a futuro:

“Primero nos planteamos reivindicaciones sociales. No tuvimos la preocupación de transformar la Universidad Nacional en un ámbito más plural, pero en algunos aspectos evolucionamos más que el sindicato académico. El planteamiento de unidad hacia el gremio académico lo hicimos nosotros. No vino de ellos, del SPAUNAM a STEUNAM, fue a la

¹La afiliación al Partido Comunista de los dirigentes más importantes, Evaristo y Nicolás, les permitió tener una mirada de más amplio horizonte político, y propició el acercamiento de su movimiento con la izquierda universitaria que estaba escéptica por su despliegado sobre el 10 de junio de 1971, pero también fue motivo de ataques por parte del rector Soberón, quien argumentaba que “Los rojos se quieren apoderar de la Universidad”. En gran medida, transitar de la planilla Blanca a la Roja, es reflejo de una madurez política, una radicalización y concientización de la importancia de la transformación social desde el comunismo.

inversa. Cuando analizamos la necesidad de transformar la Universidad, concluimos que había que integrar, jalar al otro sector, a los académicos, quienes podían tener mayor claridad sobre el rumbo de la Universidad. Nosotros lo planteamos; no lo logramos cumplir y con esa vivencia, con esos nuevos cuadros que llegaron al sindicato en la época que estuvimos unidos, impregnamos al sindicato de la idea de cambio de rumbo, pero fue porque jalamos al otro sector” (Pérez Arreola, 2007: 414).

La concreción de esa fusión entre el STEUNAM y el SPAUNAM se llevó a cabo el 27 de marzo de 1977 con la fundación del STUNAM. Evidentemente la conformación del sindicato único preocupó sobremanera a la élite universitaria, pues eso significaba más que un contrapeso político dentro de la Universidad, sino la pérdida de poder en la institución, una transformación profunda, además del inicio del sindicato nacional; por lo que en la huelga estallada el 20 de junio de ese año, el Estado intervino de una manera más directa para reprimir, pero también para mediar. El régimen autoritario aún prevalecía, pero ya no eran los tiempos de la brutal represión contra el movimiento obrero como antes de 1968.

Para 1977, los dirigentes tanto del sector administrativo como del académico ya habían madurado y aprendido de sus respectivas huelgas con las que irrumpieron. Una vez concertada la unidad, cambiaron la estrategia de la movilización y emplazaron a huelga desde el inicio, con la tesis política de Valentín Campa:

“La huelga del STUNAM de hace cuarenta años fue un acontecimiento muy importante; en primer lugar, porque se hizo bajo una idea, una tesis que yo denominé la tesis Campa, porque Valentín Campa decía que las huelgas en México eran constitucionales, por lo cual no teníamos por qué dar aviso a las autoridades gubernamentales, para ejercer la huelga, sino que ésta tenía, por sí misma y por la Constitución, el derecho de realizarse sin cortapisas [...] constituimos el sindicato emplazando a huelga, una cosa insólita, pues generalmente los sindicatos emplazan una vez constituidos, y aquí nos adelantamos, planteamos la huelga para que nos reconocieran como tal” (Ortega Juárez, 2018: 15).

Después de la represión del 7 de julio de 1977, el único camino para revertir tremendo golpe era a través de un movimiento nacional, de la amenaza de una huelga general en México. En ese tiempo, la lucha del STUNAM era la punta de lanza del sindicalismo mexicano, por lo que la

amenaza de huelga general era factible, inminente, como lo demuestra el mitin del 8 de julio en las instalaciones del Instituto Politécnico Nacional, Zacatenco “al cual asisten más de 20 mil personas que se manifiestan solidariamente con el STUNAM y repudian la ocupación policiaca de las instalaciones universitarias” (Pulido, 1995: 223).

En ese acto se sumaron decenas de organizaciones obreras, “instituciones de educación superior, partidos de izquierda, organizaciones campesinas, grupos estudiantiles e intelectuales y artistas” (Peláez, 2002: 110) en solidaridad con el movimiento del STUNAM. Algunos de los sindicatos que se encontraban en lo que fue denominado la última ola de insurgencia sindical, eran:

“La Tendencia Democrática del SUTERM, dirigida por Rafael Galván; las de Volkswagen; Dina; Nissan; el sindicalismo universitario; las secciones 67 (Fundidora Monterrey), 68 (Aceros Planos), 271 (Las Truchas), y 147 (AHMSA) del sindicato minero metalúrgico; las de Textiles Morelos; Rivetex; Euzkadi; Uniroyal; Harper Wyman; CINSA, y CIFUNSA; Spicer; Galas de México; Imprenta Nuevo Mundo; Vidrio Plano de México; Universidad Anáhuac; General Electric; Textil Lanera; Medalla de Oro; Telefonistas (TELMEX); Instituto Mexicano del Petróleo; Plásticos Romay; Mexicana de Envases; mineros de Nacosari; el SME; las que encabezaba el Frente Auténtico del Trabajo; el Movimiento Proletario Independiente y el Movimiento de Acción Popular” (Pulido, 2018: 10-11).

Por mencionar unos cuantos. El contexto histórico no le daba al régimen para una represión brutal como la había ejercido contra el movimiento obrero en anteriores ocasiones; sin embargo, la memoria libera, pero también pesa, y la dirigencia sabía que el Partido Revolucionario Institucional bien podía desaparecer, torturar y hasta asesinar a sus opositores.

Joel Ortega comenta: “En una ocasión Reyes Heróles (Secretario de Gobernación) nos citó en su oficina; el gran teórico del liberalismo mexicano. Tenía una lengua muy cabrona y nos dijo a Eliezer, Pablo Pascual, Evaristo y Nicolás, se chingan, o sindicato o partido, si no se deciden los voy a *valleजार*”

Por su parte, el propio Evaristo menciona: “Varias veces fuimos citados a Gobernación. Reyes Heróles, quien era el Secretario, llegó a decirnos a Eliezer Morales y a mí, secretarios de Organización y General

del nuevo sindicato, que nos iban a *vallejeear*, que el gobierno no acepta la existencia de un solo sindicato en la Universidad Nacional. La tesis era, no vamos a entregar la Universidad al Partido Comunista. Esa frase, manejada durante años, no tenía consistencia. El Partido nos apoyaba, pero mantenía un enorme respeto” (Pérez Arreola, 2007: 427).

Vallejeear era simplemente que el ejército tomara las instalaciones, despidieran definitivamente a miles de trabajadores y encarcelaran a cientos de huelguistas durante años, como ocurrió contra el movimiento ferrocarrilero encabezado por Valentín Campa y Demetrio Vallejo en 1959.

“La línea era golpear al sindicato porque, como fuera, representábamos prácticamente a todos los administrativos y estábamos organizados. Además, había diferencias políticas y culturales. El sindicato académico estaba más preparado; quizá no aglutinado como sindicato, pero sí con niveles educativos más elevados. Por eso había que golpear al sindicato administrativo y meter a la cárcel a la dirigencia académica. Dos ofensivas: por un lado, golpear al gremio que podía mantener con mayor fuerza la huelga y, por otro, descabezar a la dirección, esa fue la estrategia.

El 6 de julio el STUNAM encabezó una marcha de más de 200 mil asistentes, rumbo al Monumento a la Revolución, pues el zócalo estaba vetado para la oposición política del régimen. Al terminar el acto, detienen a los dirigentes del sector académico, Eliezer Morales, Pablo Pascual Moncayo, José Woldenberg, Erwin Estephan Otto, Jorge del Valle, Rosalío Wences Reza, entre otros.

Al mismo tiempo, el Secretario del Interior del reciente STUNAM, Álvaro Lechuga, publica un manifiesto dirigido a los trabajadores administrativos, en donde desconoce a la dirigencia y apela a la refundación del STEUNAM para “desprenderse de las influencias extrañas al movimiento sindical” Es decir, había sido cooptado por el gobierno y la rectoría. Desde entonces, a ese grupo se le conoce como los lechugos; los traidores que intentaron dividir a la organización.

Finalmente, el 7 de julio, la policía capitalina comandada por Arturo “El Negro” Durazo, toma las instalaciones universitarias con más de 12 mil efectivos. A pesar de que la represión no fue tan violenta como en anteriores luchas obreras, fue una dura opresión contra el STUNAM, por lo que el único camino fue mantenerse movilizados e incrementar la

respuesta. De ahí la importancia del mitin en Zacatenco, donde Evaristo pronunció un mítico discurso:

“Al día siguiente fuimos a Zacatenco con la intención de mantener el movimiento y darle un carácter nacional. Independientemente de que no tuviéramos instalaciones nos manteníamos en la resistencia. Con todo y nuestros problemas había mucha gente dispuesta a seguirla jugando. Fuimos buscando la solidaridad de los politécnicos y nos la dieron. Fue un acto muy emotivo bajo un tremendo aguacero. Mucha gente dudaba que yo llegara. Había expectación. Recuerdo que cuando me presentaron: *Ahora es el turno del Secretario General del STUNAM*. yo estaba emocionado, llorando y la chingada.

Les dije: *Vamos a continuar. No estamos derrotados, los traidores no pasarán. Nuestras banderas son justas. Soberón con el apoyo del gobierno no logrará derrotarnos y conseguiremos la victoria*. Cuando terminé mi intervención se acercó una muchachita diciendo que quería hablar conmigo el Secretario de Gobernación” (Pérez Arreola, 2007: 430).

El objetivo del gobierno era forzar tanto al sindicato como a la élite universitaria a una negociación en donde ambos tuvieran que ceder. Estaba en puerta la reforma política, para ampliar la representación de la oposición en la Cámara de Diputados a través de los plurinominales, darles el registro oficial a los partidos de izquierda, incluido el Comunista, pues la violencia, la guerra sucia contra la guerrilla había empezado a desgastar al Estado, por haber cerrado la política durante tanto tiempo. La huelga del STUNAM era un factor de desestabilización, había puesto en jaque al Estado mexicano, ya que el régimen empezaba a anunciar una apertura (más bien ranura) democrática, pero al mismo tiempo se había convertido en un “mal ejemplo” para todos los sindicatos de industria que estaban en pie de lucha durante la insurgencia sindical, por lo que la presión de los empresarios para aplastar la huelga de los universitarios era feroz.

Finalmente se logró la negociación. Ambas partes llegaron a un punto de equilibrio. Se reconoció el sindicato de institución, pero se dejó pendiente el reconocimiento del sindicato único, programado en un recuento del sector académico realizado en 1980. La intención del rector Guillermo Soberón era desaparecer por completo el sindicato. Estaba en una postura muy cerrada para entenderse con la dirigencia del STUNAM, hasta que Reyes Heróles comentó: “Miren señores, el riesgo de meter a la policía en la Uni-

versidad Nacional ya lo corrió el gobierno. No fue una decisión fácil, pero ¿Esta cagada, quien se la va a tragar? ¿El gobierno o ustedes? Y entre el gobierno y ustedes, lo van a tener que hacer ustedes. Así que le pido, señor rector, permita que Pérez Correa vaya a negociar con el señor Pérez Arreola para buscar una solución al conflicto” (Pérez Arreola, 2007: 431).

A partir de ese momento, empieza un periodo de estabilidad, en donde el sindicato se centra en la conquista de derechos laborales a través del fortalecimiento del Contrato Colectivo de Trabajo. La trascendencia de la huelga de 1977 se vio consagrada en la reforma constitucional de 1979, cuando quedó sepultada la iniciativa de Soberón de crear el Apartado C en la Ley Federal de Trabajo, con el objetivo de restar derechos a los universitarios.

El STUNAM surge y se consolida en las postrimerías (en los últimos años) del Estado nacionalista, pues a partir de 1982 las élites políticas abandonan ese proyecto de nación, para empezar a imponer el modelo neoliberal.

Los sindicatos son una mediación política entre la clase trabajadora y quienes ostentan el poder económico, militar, ideológico y político. No es casual que el primer laboratorio neoliberal en el mundo haya sido Chile, país en donde la Dictadura de Augusto Pinochet desapareció por completo a las organizaciones sindicales, por eso privatizaron todo en unos cuantos años. En el caso de Inglaterra con Margaret Thatcher, la implantación neoliberal se debatió en la legendaria huelga de 1984-1985 del Sindicato Nacional de Mineros de la industria del carbón. La derrota obrera le permitió a Thatcher consolidar su modelo económico. Es por eso que en México los tecnócratas fomentaron la división del sindicalismo nacional y su descabezamiento.

Carlos Marx inicia sus *Manuscritos económico-filosóficos de 1844* (escritos cuando tenía 25 años) con la siguiente sentencia sobre el salario:

“La lucha hostil entre el capitalista y el trabajador determina el salario. La victoria es necesaria para el capitalista. El capitalista puede vivir más tiempo sin el trabajador que éste sin aquel. La unión entre los capitalistas es habitual y efectiva; la de los trabajadores está prohibida y les trae malas consecuencias. Además, el terrateniente y el capitalista pueden añadir a sus rentas ventajas industriales; el trabajador, en cambio, no puede agregar a su

ingreso industrial ni la renta de la tierra ni los intereses del capital. De ahí que la competencia entre los trabajadores sea tan grande” (Marx, 2015: 47).

Lo que nos dice Marx en este breve párrafo, es que la definición del salario es resultado de la lucha política entre los trabajadores y los patrones. Pero esa disputa política está inserta en un contexto económico, jurídico, social. En el caso de Salinas de Gortari, separó al sindicalismo otorgando beneficios a unos y golpeando a otros. Pero lo único que propiciaron quienes fueron inicialmente beneficiados, fue alargar su agonía; tarde que temprano el agua también les iba a llegar, en medio de un naufragio neoliberal que de manera “natural” es enemigo del sindicalismo.

El 26 de agosto de 1985, Evaristo publicó el histórico manifiesto *El destino de México se pierde: hay que cambiar de rumbo*. El cual tuvo un enorme impacto en la vida pública, pues ninguna organización política le había puesto el cascabel al gato, diciendo que los tecnócratas estaban imponiendo un modelo neoliberal contrario al pueblo de México. Existían desde la academia, algunas obras como *México, la disputa por la nación* (1981), de Rolando Cordera y Carlos Tello, en donde señalaron los atisbos del neoliberalismo. Pero el STUNAM fue la primera organización social que lo expresó como una postura política.

“Causó gran revuelo en los medios políticos, sindicales y culturales, al grado de que la Liga de Economistas Revolucionarios respondió al STUNAM con el desplegado *Hay claridad de rumbo* y el doctor Pablo González Casanova en carta abierta, fechada el 5 de diciembre, dirigida a Evaristo afirmó: *Considero que se trata de un documento básico para formular un proyecto nacional apoyado por el pueblo trabajador y sus organizaciones. Al felicitarlos les envío mi cordial solidaridad*” (Peláez, 2002: 187).

Ese era el nivel de incidencia y participación de Evaristo Pérez Arreola en la vida nacional. No es gratuito que después del fraude de Salinas de Gortari en 1988, del *quinazo* y asesinato de distintos opositores políticos, el dirigente abandonara la Secretaría General del STUNAM, de un día para otro. En la entrevista que le realiza Imanol Ordorika no comenta nada del tema, y el único con quien lo platicó horas antes de anunciarlo en un Consejo General de Representantes de inicios de 1989, Nicolás Olivos Cuellar, tampoco dejó testimonio de esos acontecimientos. Con su abrupta salida como dirigente del sindicato, Nicolás lo sustituyó entre 1989 y 1994.

Evaristo se tituló como abogado por la Facultad de Derecho de la UNAM en 1989. Regresó a Ciudad Acuña donde fue diputado local de Coahuila en dos momentos (1989-1991 y 1996-1999), fundó el partido político Unidad Democrática, que con el tiempo se convirtió en una fuerza política regional en Coahuila, liderado hoy por su hijo Lenin Pérez, quien acaba de obtener casi el 6% de la votación para gobernador en este año 2023. Pérez Arreola también fue Presidente Municipal de Ciudad Acuña (1991-1993). Todas las contiendas electorales fueron impulsadas como candidato del Partido Auténtico de la Revolución Mexicana y en alianza con Unidad Democrática de Coahuila.

En su momento fue Consejero Universitario (1973-1976 y 1977-1980) y Diputado Federal (1979-1981) por el Partido Comunista Mexicano, como la primera oposición comunista en el Poder Legislativo, junto a Valentín Campa, Arnoldo Martínez Verdugo, Gilberto Rincón Gallardo, entre otros, consecuencia de la apertura política de 1977 que legalizó al PCM.

Falleció en 2002 a los 62 años, por insuficiencia renal. Ese mismo año murió su mancuerna y amigo Nicolás Olivos. Este cuaderno de comunicación sindical era una deuda pendiente con Evaristo, pero también con las nuevas generaciones, quienes debemos conocer el origen de nuestro sindicato y la trascendencia de su dirigente fundador.

Es muy importante mantener viva la memoria histórica, valorar la importancia de nuestra organización para defenderla. Todo lo que ahora contiene nuestro Contrato Colectivo de Trabajo, el cual se encuentra intacto hasta ahora, no ha sido una graciosa concesión. La mejor defensa hoy es contra el olvido y la reivindicación de la frase de Evaristo Pérez Arreola: “El mejor trabajador, es el mejor sindicalista”.

Bibliografía

- Ordorika Sacristán, Imanol, (2007), *Política azul y oro. Historias orales, relaciones de poder y disputa universitaria*, Plaza y Valdés-UNAM, México.
- Pelaez Ramos, Gerardo, (2002), *Breve historia del STUNAM*, UNAM, México.
- Pérez Cruz, José Enrique, (2008), *Las luchas estudiantiles en México 1901-1980*, STUNAM, México.
- Pulido Aranda, Alberto, (2018), *Protagonistas de la huelga del STUNAM de 1977*, STUNAM, México.
- , (1995), *La crónica de 50 años del sindicalismo universitario (1929-1979)*, STUNAM, México.

Evaristo Pérez Arreola: un dirigente que formaba dirigentes
se compuso con la familia tipográfica Palatino Linotype,
en 6, 7, 10 y 16 puntos, y se terminó de imprimir en junio de 2023,
en los talleres gráficos del STUNAM, ubicados en
Centeno 145, Colonia Granjas Esmeralda,
Delegación Iztapalapa, C.P.: 09810, Ciudad de México.
El tiraje consta de 2,000 ejemplares

Solicitud de registro del SUNTU, 1979. Archivo CIHSU.



STUNAM
Sindicato de Institución